

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CÁRLOS CARVALHO.

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. II

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, JULIO 14 DE 1885

SUMARIO — ¿Qué es la produccion? por D. C. P. — Horas de delirio, por J. A. F. — Alcira, poesía por Juan Carlos Gomez — Tus ojos, poesía por Eduardo D. Forteza — A mi amada, poesía por Fausto — El amor, por Miguel F. Rodriguez — La envidia, soneto por Leopoldo Gonzalez Lerena — Cantares, por Manrique — Soneto, por Isaías Ximenez — Germinal — Dicha y pesar, por P. Ximenez Pozzolo.

¿Qué es la produccion?

El hombre no puede vivir como vive una piedra. Necesita alimentos para su conservacion—ropas para precaverse de la perniciosa accion de los elementos, chozas ó sitios resguardados donde pueda descansar con tranquilidad, estando á cubierto de los sangrientos ataques de los animales feroces; en fin necesita un sinnúmero de objetos que debe buscar y conseguir bajo la severa sancion de desaparecer del mundo de los vivos. Y en la satisfaccion de estas exigencias de la naturaleza es donde se encuentra el origen de todo trabajo y de todo progreso.

Desde las épocas mas antiguas hasta nuestros dias, se vé siempre al hombre ocupado en llenar esas necesidades que nota en su ser y que le demandan trabajo y perseverancia, por eso en los primitivos tiempos, éste, munido de rudimentarias armas y vestido el cuerpo con las pieles de los animales que caza, se dedica tan solo á buscar el alimento y precaverse de cualquier ataque exterior: la caza y la pezca son sus ocupaciones favoritas, no conoce todavia los bienes que le puede reportar el cultivo de la tierra; y ademas, le falta

un importante elemento: el capital, para realizar dicho cultivo.—Pasa el tiempo y ya los pequeños núcleos de individuos que mudaban continuamente de residencia, buscando el sitio donde á menor cantidad de esfuerzos correspondiera mayor número de satisfacciones, se ocupan en domesticar animales y utilizarlos para el trabajo—hasta que por último las tribus nómadas y pastoriles, son sustituidas por otras que se radican en un punto dado para cultivar la tierra, y nacen entonces todas las industrias—mas tarde llegamos á la época presente, en que se han ideado un maravilloso número de medios para llenar no solo las necesidades mas apremiantes sino tambien las mas insignificantes.

Ahora bien, para conseguir esas satisfacciones de que venimos hablando, son precisos ciertos esfuerzos, esfuerzos que como dice Bastiat, dan por resultado las cosas que el hombre busca y que son los objetos de la produccion.

I

¿Qué es la produccion?—Garnier, Estrada, Coll y muchos otros economistas dicen: *que es dar utilidad á las cosas ó bien aumentar la que ya tienen.* Esta definicion ademas de ser algo vaga, me parece incompleta; se dá utilidad al aire cuando sirve para mover las ruedas de un molino, y sin embargo á nadie se le ha ocurrido decir que el aire sea una produccion, sinó un agente natural que puede ser instrumento de produccion;—se da utilidad á las leyes de la gravedad en infinito número de casos, y sin embargo, estas no son nada mas que fuerzas naturales;—y de esta manera podemos encontrar innúmeros ejemplos de cosas que reportándonos grandes utilidades no se las puede considerar como una produccion.

Parece que á la idea de produccion va

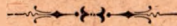
unida la de esfuerzo y trabajo, trabajo que bien puede ser natural ó artificial, por eso me parece mucho mas exacta y completa la siguiente definicion, dada por Rossi: *la produccion es una aplicacion de fuerzas que dá por resultado cosas capaces de satisfacer las necesidades del hombre*. Efectivamente, esta definicion comprende todo lo que se quiere definir; primeramente, diciendo que *es una aplicacion de fuerzas*, está bien explicado el origen este fenómeno, — una aplicacion de fuerzas, que bien pueden ser las del hombre ó de los animales ó las de la naturaleza. Esta parte, á mi modo de ver muy importante, falta en la definicion que dejamos rebatida mas arriba, y es lo que le dá ese carácter de vaguedad de que hablábamos. Concluye diciendo Rossi en su definicion, que esa aplicacion de fuerzas *dá por resultado cosas capaces de satisfacer las necesidades del hombre*; y esto es igualmente cierto: lo que se busca en la produccion no es nada mas que la satisfaccion de esas necesidades que se manifiestan en todos los tiempos.

Muchos economistas, entre otros Adam Smith, Malthus y Stuart Mill, dicen que el fin último de la produccion es el de producir riquezas, comprendiendo esta palabra *todos los objetos que nos pueden ser útiles* y que por consiguiente los únicos que nos dan riquezas son los productos materiales. Pero contra esta escuela se ha levando otra: Say ha defendido con vigor la existencia de productos inmateriales y ha demostrado que estos tambien producen riquezas; y Dunoyer ha distinguido y caracterizado perfectamente esta clase de productos. El discurso del orador, la explicacion del catedrático, las poesias del poeta ¿que son sino productos intelectuales, susceptibles de producir grandes riquezas? — Podemos pues decir con Coll y Masadas, que la produccion no solo recae sobre las cosas: produccion material; — sino tambien sobre las personas: produccion intelectual ó inmaterial y que ambas obedecen á idénticas leyes.

¿La produccion encierra el fenómeno de la creacion de materia? No. — El hombre es impotente para agregar un solo átomo á los ya existentes en el Universo y en la produccion espontánea de la tierra solo se operan transformaciones de la materia ori-

ginadas por las inmutables leyes de la naturaleza. Ni aún en la produccion intelectual, — podemos decir con Rossi, — hay una verdadera creacion.

D. C. P.



Horas de delirio

Una noche oscura y lluviosa del invierno en que las brumas y nublados que se esparcen por la tierra ó cruzan por el cielo, parece que reflejaran sobre el alma toda su profunda tristeza y gravitaran sobre la imaginacion inclinándola al aburrimiento y al fastidio, — reunidos varios amigos acortábamos las horas monótonas, en conversacion animada por la intimidad.

Hablamos de todo lo que habla la juventud en los instantes de expansion; — de nobles aspiraciones depositadas en la labor ruda del trabajo y del estudio: — de sentimientos elevados propios de almas cuya pureza no ha marchitado todavia el oleaje tumultuoso de las pasiones embravecidas, que como dice el escritor argentino, suelen dar sus asaltos como los leones del circo antiguo; — de las ilusiones que son la aureola brillante de los primeros años de la vida, como las flores son el ornato de los campos y el perfume de la primavera; — de esperanzas que depositamos en la suavidad de una mirada de fuego ó en pueriles palabras que interpretamos con el caluroso anhelo de nuestros deseos y sobre las cuales levantamos un paraíso de felicidad en el porvenir; — de ese mismo porvenir, objeto de nuestros esfuerzos, al cual nos dirigimos como los antiguos á la esfinge misteriosa, para preguntarle el secreto de las horas que oculta á nuestros ojos entre la sombra de los dias futuros; — de ese porvenir que á veces nos haria desconfiar de nuestras fuerzas con las miserias del presente, si como el Proteo de la leyenda, no sintiéramos reanimado el espíritu al calor de los nobles principios de verdad y de justicia que á veces se desconocen, pero á cuya benéfica sombra vuelve á acogerse la humanidad cansada de su azaroso peregrinaje.

Tambien se habló de la patria, pero . . . la palabra se heló en nuestros labios, porque á su recuerdo sentimos la misma impresion de tristeza y amargura, que á la

vista del cuerpo macilento y demacrado de un moribundo.

Nos fuimos callando uno á uno y á poco se hizo en la habitacion un silencio más completo que el que reina en los claustros en la soledad de la noche.

De repente uno de nuestros amigos, sacudiendo la cabeza como quien quiere ahuyentar del espíritu un pensamiento doloroso,—rompió el silencio y dirigiéndose á un jóven, que se hallaba algo separado de nosotros, le dijo con voz serena:

—Cuéntenos algo para alegrarnos. Tú, como de más edad que nosotros, has de haber visto más, y no te faltará que decir para distraernos.

—¿Qué quieren que les cuente?—En este instante no se me ocurre nada que pueda interesar á Vds.,—contestó el interpelado.

—Lo que se te ocurra,—dije yo,—el caso es pasar el rato del mejor modo posible,—tómate el tiempo necesario, para *hacer* memoria.

—No puedo resistirme á tu pedido;—presten atencion y aunque la historia que van á oír, tal vez no es para alegrar á nadie, logrará distraer la imaginacion de Vds., siquiera breves momentos.

Y despues de una pausa, hé aquí lo que dijo y ha quedado grabado en mi memoria para miétras viva.

Vds. saben que desde mi niñez abracé con fé y entusiasmo la noble y honrosa carrera de las armas,—que hoy he abandonado esperando dias mejores.

Estaba de servicio en una de nuestras florecientes ciudades del litoral, cuando me ví obligado á bajar á la Capital por asuntos de servicio y de mi viaje hasta Buenos Aires, donde como de ordinario se detenía el vapor, poco tendria que contar á Vds., si tal puede pasarle al que se ha llenado de admiracion á la vista del paisaje siempre encantador de las poéticas orillas del Uruguay.

No sé por qué motivo, ni importa recordarlo, hubo de demorar el vapor en el puerto algunas horas más de lo regular, de modo que tenia á mi disposicion un dia de tarde á tarde para disfrutar á mi antojo.

Resolví pasar por la llamada gran capital del Sud,—que me era entonces desconocida,—y poniéndome mi traje militar en

cuyo kepí lucia mi galon de Alférez, trasladéme á tierra, internándome atrevidamente en la ciudad.

Llegaba de poblaciones relativamente pequeñas. en que concluye uno por habituarse á la tranquilidad y al silencio, y engolfábame en un centro de actividad, de vida, de trabajo.—Contemplando ese halagador espectáculo tan nuevo para mí, recorri mareado y aturdido por el ruido infernal causado por el continuo movimiento, gran parte de la ciudad, hasta que me ví perdido, sin saber que direccion tomar para acercarme al embarcadero.

Detúveme para descansar en un hermoso escaparate, donde el arte habia agrupado todo un museo de terracottas y bronce, que llamaban la atencion de cuanto desocupado que como yo cruzaba la acera,—y examinaba con la minuciosa tranquilidad de aquel á quien no apremia tarea alguna un bronce que representaba la Venus griega, en cuya obra el talento y la inspiracion del artista habian grabado el sello iumortal de la belleza de las formas esculturales de aquella Diosa, nacida de la espuma del mar, y á quien la antigüedad consagrara las rosas y los mirtos con que ceñia su frente divina, cuando volaba sobre las ondas encrespadas en su nacarada concha marina.

Ya mi espíritu vagaba por la Grecia y desfilaban por mi memoria, como obedeciendo las órdenes de una evocacion misteriosa, la sombra pensativa de Solon,—la austera figura de Licurgo,—el genio arrebatado y dominante de Temistocles,—y la serenidad tranquila y apacible de Aristides;—y más y más me engolfaba en el laberinto de su desgraciada historia y con la rapidez del pensamiento trasladáronme á la época contemporánea me asombraba del raquitismo mezquino de los hijos de aquellos héroes gigantes, cuando volvíome á la realidad de mi situacion algo como una aparicion celeste, que contemplé magnetizado por la mirada de esos ojos negros, más negro que el recuerdo de la primera noche de dolor, que arrojó la primera sombra en nuestra vida y dibujó la primera arruga en nuestra frente.

Han pasado ya algunos años y todavía siento la influencia inesplicable de aquella mirada de resplandores sidéreos; aun me parece que como entónces, toda la ser-

ardiente que corre por mis venas arrebatada por el movimiento circulatorio se agolpaba en mi corazón;—aún me conmueve el mismo estremecimiento nervioso que recorrió mi cuerpo con la intensidad de una corriente eléctrica,—porque aquella mirada había llegado al fondo de mi alma!

Cuanto tiempo permanecí inmóvil, fascinado, contemplando aquella mujer, que reunía á la belleza de un talle incomparable, labios rojos, como amapolas de las praderas,—mejillas para cuya descripción en vano robaría á las auroras primaverales sus variados matices y á las flores de los bosques sus esplendorosos colores;—cabellos largos y negros como sus ojos y sus párpados que templaban los rigores de sus miradas deslumbradoras,—no puedo decirlo!

Hay instantes en que diríase que el movimiento de la vida hace un paréntesis ó bien todas las fuerzas vitales abandonan la materia vil para refugiarse en el espíritu. De lo que entonces sucede no tenemos conciencia clara, porque solo ha palpitado, solo ha vivido el alma.

Me miró... y esclavo de su hermosura fui á ella impelido por fuerza incontrastable y poderosa semejante á la que hace rodar eternamente los astros alrededor de sus centros.

Echó á andar... y la seguí sin reflexionar en mi situación;—se paró al pasar por una tienda y detúveme para mirarla más tranquilamente, repuesto ya de mi primera impresión.

Podría tener aquella huri de los jardines encantados que prometió Mahoma á sus creyentes, á lo mas, diez y ocho años y Guido hubiera dicho al verla que su andar se ajustaba al vituro de la lira;—la gracia de su rostro moreno era realzada por la sonrisa de sus labios seductores, rebotantes de voluptuosidad que dibujaba en sus mejillas unos oyuelos pequeños, dejando ver sus dientes blancos como nieve.

Sin embargo, decuando en cuando su mirada por lo regular serena, se fijaba con severidad siniestra y desaparecía la sonrisa de sus labios, como si algun recuerdo atravesara su pensamiento.

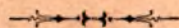
Vestia traje de merino negro y una mantilla, también negra, artísticamente dispuesta cubría su cabeza, dejando caer uno de los ángulos sobre su frente con femenil coquetería.

Ah! todo en ella era negro, desde su traje hasta sus ojos!

Jamas he conocido el miedo, porque he crecido desafiando los peligros; pero entonces, le confieso sin rubor temible á la sola idea de aproximarme á aquella mujer, porque me figuré que iba á deberle alguno de los momentos aciagos de mi existencia, y por mi alma cruzó batiendo sus fatídicas alas la sombra maldita de esos que sentimientos, aves agoceras de nuestros infortunios.

J. A. F.

(Continuará).



Alcira

Dulce rumor del céfiro suave
que entre las verdes hojas se desliza,
rayo de luz que se refleja ténue
sobre las ondas de la mar tranquila,
hermosa flor, cuyo inefable aroma
embalsamó el ambiente de mi vida,
querub divino que al bajar del cielo
para mí tuvo la primer sonrisa;

faro que en noche
lóbrega brilla,
oásis soñado
de eterna dicha,
amor y gloria;
luz y armonía. . .
todo eso fuiste
para mí, Alcira!

Blanca azucena que al abrir su cáliz
por el helado cierzo cae marchita;
fantástica vision que vaga incierta
entre las brumas de la noche fria;
íntimo acento que al salir del pecho
entre sollozos de dolor espira;
triste, perenne, aterrador recuerdo
de abrumadora y negra pesadilla;

aire que quema
todas las fibras;
dolor inmenso
que no termina;
angustia, llanto,
negra agonía. . .
hoy eso eres
para mí, Alcira!

Juan Carlos Gomez.

Tus ojos

Sus miradas son luz, noche sus ojos,
La pasión en su rostro centellea,
Y late el beso entre sus labios rojos
Cuando desmaya su pupila hebrea.

MANUEL M. FLORES.

Brilla en tus negros y rasgados ojos
De la inocencia el invisible velo,
Tus ojos, que á los astros dan enojos
Y espejos son del azulado cielo.

Ellos tienen las sombras del misterio,
Centelleos de vivos resplandores,
Y el altivo mirar, con dulce imperio,
Que los hace sublimes, soñadores.

Serpean en tus ojos misteriosos
Fulgurantes raudales de ternura,
Que en mi mente, levantan presurosos
Un mundo interminable de ventura.

Unas veces, semeja tu pupila
Que soñando se aparta de este suelo,
El astro de la noche que rutila
Allá en el fondo de un oscuro cielo.

Y muchas otras, tu pupila ardiente
Es el rayo de luz de la alborada,
Que con las llamas del volcan rugiente
Há incendiado la atmósfera azulada.

Si al sentir el rubor de algun reproche
Vela tus ojos lágrima importuna,
Semejan dos ondinas que en la noche
Se bañan en los rayos de la luna.

¡Cuántas veces tus ojos he mirado,
Ébrio de amor, convulso y delirante,
Y al mirarlos, mi espíritu há escuchado
Como un rumor de música gigante!

Todo tienen tus ojos seductores
Que condensan un mundo de poesía;
Tienen sombras, destellos y colores,
Tienen fuego, perfumes y armonía.

Eduardo D. Forteza.

A mi amada

Si pudiera la forma dibujarse
En el éter purísimo del cielo,
Facsímil de tu imagen existiera
En ese album eterno
Porque traslado

Puro y perfecto
Es tu semblante célico; bien mío!
De esa ley del amor del Universo!

Si las arpas purísimas vibraran
Al compás de tus nobles sentimientos,
Que suaves emociones gozarian
Las almas de los buenos!
Porque es intérprete
Tu casto pecho,
Del acento de Dios cuando bendijo
Esa luz que ilumina el Firmamento!

En premio de la fé con que prosigues
En el mar tempestuoso, el derrotero
De la virtud, que oculta su morada
En el pecho del bueno,
Que el ángel casto
Del alma cielo,
Sobre tu limpia frente deposita
La bendición de Dios y un casto beso!

Fausto.

El amor

¿Sabéis lo que es el amor?—Una
maldición.

MIGUEL CANÉ.

POETA

Oh! el amor! El amor es la vida; es la
fuente de dulzura en medio de sus dolores;
el ideal, ese vano fantasma que busca el
alma afligida y que huye siempre... siem-
pre... oh! el amor...

LA RAZON

El amor!... palabra vana; sueño que
acaricia la mente en su locura. De lejos,
ángel de doradas alas; de cerca... humo...
ilusión... nada!

EL CORAZON

Vivir sin amar?... mentira. El amor es
á la vida como el perfume á la flor. Supo-
ned una flor sin perfume. ¿Qué vale?—Na-
da.—Suponed un corazón sin amor... oh!
será frío como el aire de los polos; triste
como el sol en el ocaso. Le faltará el aire
vivificante de las pasiones... luz!... vida!

LAS ILUSIONES

Amémos. La vida es un mundo, y el
amor es el sol que ilumina sus mas recón-

ditos misterios; es la mano cariñosa que arranca las espinas del camino; la estrella de los magos que guía por la ruta de la felicidad; el hada misteriosa, que á impulso de su mágica varilla, transforma dolores en alegrías, sueños en realidades, dudas en esperanzas!

EL TIEMPO

El amor! . . . El amor es pasajero; fuego fátuo que brilla por instantes para perderse en la oscuridad de la noche; meteoro fugaz que ilumina por momentos el cielo de la vida. Se le llama eterno, inmenso; paso yo y deshago en un instante con mis manos invisibles, todas sus promesas, todos sus juramentos; dejando al olvido, compañero inseparable en mi camino, la tarea de sepultarlos en el fondo del pecho, de donde no debieron salir jamás. Es primero, rayo tibio que llega al corazón; después, hoguera que todo lo funde, que todo lo consume; dejando por último, como postrar recuerdo, montón amarillento de cenizas mezcladas con dolores y tristezas.

LA JUVENTUD

¿Vivir sin amar? . . . ¿parece qué? La vida es el amor. En esa palabra se concentran todos los sueños, todas las aspiraciones, todos los ideales. ¿Qué sería el mundo sin él? ¿para qué se vive? ¿para qué se lucha sino para alcanzar esa corona ese premio á los afanes de la vida, ese oasis en medio del desierto? Amar? . . . sí! . . . mientras al pecho aliente un átomo de vida, mientras se sueña, mientras se sienta circular la sangre en las arterias se debe amar. Ay del que así no piensa! pronto el tiempo ahuyenta del corazón las aspiraciones juveniles, y la vejez se acerca con pasos acelerados, dejando sentir el frío del desencanto.

Oh! cambiaria todo el resto de la vida por beber un momento más el néctar del amor!

EL DESENGAÑO

Palabras! . . . palabras! . . . amar? . . . ¿para que amar? Amar es sufrir. Primero dudas, aspiraciones, sueños, después . . . felicidad. Felicidad que dura lo que una flor, lo que un perfume, dejando tras sí ilusiones desvanecidas, sueños irrealizados. El amor es la mariposa que vive entre las

flores; la mente la desea, la vista la acaricia; se corre tras ella, se la alcanza, y cuando se cree tenerla entre las manos, sus brillantes alas se transforman en polvo, y solo queda . . . el gusano miserable.

LA ESPERANZA

No. El amor no es sufrir. Si hoy se siente un desencanto, si una ilusión se desvanece, otra la sustituye. Las ilusiones están unidas entre sí como los eslabones de una cadena; si desaparece una en el abismo de la vida, otra se levanta á ocupar su lugar en el espíritu; son como los cuadros de la historia que se renuevan en todos los siglos. Ellas son las que alientan en el camino de la vida: yo soy el apoyo que las sostiene y dirige. Mientras ellas existan, mientras yo viva, el amor será el ideal de los corazones y la suprema felicidad.

POETA

¡Cuántas palabras! ¡cuántas promesas! ¿á quien creer? La esperanza me dice: goza; el desengaño; llora. ¡Cuántas dudas! Yo he sufrido, he gozado, he sentido las mas grandes felicidades junto á los mas grandes dolores. Hoy . . . el hielo del desencanto me cubre el corazón. Ya no espero. Las palabras de aliento son mentidas, falaces; me parecen palabras de esclavos adulando á sus señores.—Todo lo he perdido.—Pisé el mundo henchido de ilusiones, rebosante de esperanzas; mi corazón se abrió al sol de los amores, como las flores al sol de la mañana; y así como las rosas se deshojan al soplo del pampero, mis ilusiones se desvanecieron al soplo del desengaño. Ya nada queda . . . nada. ¿Quién me ayuda? ¿quién me dirige? ¿quién podrá reanimar mi yerto corazón haciendo renacer las flores que destruyó el vendaval de la desgracia? ¿nadie? Razon, cariñosa brújula que me dirigiste tantas veces en la ruta espinosa de la vida ¿nada me dices? ¿contesta? quiero oír de tí la palabra de muerte, la palabra fatal, ó la palabra que me salve reanimando mis muertas ilusiones.

LA RAZON

Calla! Bebiste en la fuente maldita, aspiraste el amor, desgraciado! El amor es un lago cuyo borde almirado esconde la hiel de su fondo. Se puede acercar el ardiente lábio á la superficie; pero nada mas.

Tu lo aspiraste hasta las heces; sufre el castigo. Eres de los arrojados del mundo de los párias de la vida. Lloras: es tu único consuelo.

Miguel F. Rodriguez (hijo).

—♦♦♦♦♦—
Soneto

L A E N V I D I A

Cuando el amor irguió su blanca frente
La vil envidia se engendró en el cieno.

Vomitó la calumnia su veneno;
Sus iras, vomitó el infierno ardiente.

Su ponzoña mortal dió la serpiente,
Traicion el rayo; su bramido el trueno.
Y hasta en su impuro y asqueroso seno
El ódio infame palpitar se siente.

Gusano hediondo que en el fango erece,
Porque la zuela del botín empaña,
Ni con desprecio, pisotear merece.

Peor es la escoria que consigo entraña
La baba hedionda que la envidia ofrece
Que hasta al malvado que la vierte daña!

Leopoldo Gonzalez Lerena.

—♦♦♦♦♦—
Cantares

Es todo luz: el amor,
El crepúsculo: tristeza,
Y las sombras son las dudas,
Y el pesar son las tinieblas.

Son tinieblas los pesares
Y sombras las dudas son,
El crepúsculo: tristeza
Y la luz pura el amor.

Manrique.

—♦♦♦♦♦—
Soneto

Límpido cual el disco que retrata
La luna sobre el lago cristalino;
Ardiente como el sol, que purpurino
Sus rayos al tender las sombras mata,

Hirviente cual océano que desata
Sus aguas en revuelto torbellino;
Creciente cual volcan que submarino
Levanta tumultuosa catarata;

Tan grande como el alto firmamento,
Tan puro cual la luz de la alborada
Que anuncia el grato despertar del día,

Y tierno y suave cual el dulce acento
Que modula el zorzal en la enramada,
¡Así siento mi amor, hermosa mía!

Isaías Ximenez.

—♦♦♦♦♦—
Germinal

Emilio Zola, el genio del naturalismo contemporáneo, acaba de escribir una novela grandiosa como un poema, horrible como el sufrimiento.

En el estudio psicológico social en que se ha empeñado, sostenido por sus excepcionales cualidades, nunca como hasta ahora ha puesto en descubierto la llaga cancerosa, nunca su estilo se ha bañado en los colores de la verdad sombría, sobrecojiéndonos con lo pintura de sus horrores.

Germinal es una obra cuya lectura produce una sensación indifinible, semejante al estremecimiento que agita nuestro cuerpo al sentir el soplo de las ráfagas heladas en una noche sin estrellas. El vacío se hace en la mente, el pecho ahoga el sollozo elegiaco de los grandes infortunios y solo se escucha la voz de la esperanza que eleva una plegaria para el porvenir impregnada con la mística dulzura de los ideales supremos.

La idea que preside la obra, es digna del ingenio superior que la ha concebido. Ese combate entre el hombre y la naturaleza y el hombre y la sociedad, esa compañía tiránica, imagen del capital absorbente, que se aparecía á la cándida imaginación del minero como algo informe y desconocido que trasponiendo la caliginosa masa de las nieblas se perdía en los confines del horizonte, esos cuadros de verdad inimitable que asombran por su desnudez, forman un conjunto que llena la mente de desolación, dejando como el reguero de luz que señala su paso, una enseñanza profunda.

En países nuevos como el nuestro, exuberantes de vigor y riqueza, con ancho campo en que esplayarse la actividad humana, con fuentes naturales de producción bastante para satisfacer todas nuestras necesidades, apenas si se llega á comprender la vida del obrero europeo, luchando bra-

zo á brazo con la miseria, siempre encorvado bajo el peso del trabajo mal retribuido é incesante, como aquellos condenados del Supremo del poeta florentino, que se arrastraban agobiados bajo el manto de sus culpas.

Estéban Lautier, el protagonista que se hallaba en una esfera superior á la comun del obrero, se explicaba con dificultad la existencia en aquellas condiciones. Cuando muerto de hambre, en una noche tempestuosa, tras largo peregrinaje por el calvario de la miseria, llegó ansioso de un poco de calor que reaminara su aterido cuerpo á la boca de la *Voreaux* y allí, escuchando el batir metálico de las máquinas y el soplar sin trégua de los fuelles, oyó de aquel obrero viejo y achacoso el relato de sus desgracias, juzgó exageracion lo que era fiel reflejo de la realidad. Y al dia siguiente cuando bajó al fondo de la mina para ganar el sustento en reemplazo de una de las obreras se sintió pequeño ante aquel trabajo fatigoso y asfixiado por aquella atmósfera enrarecida; sudando y tembloroso á causa de las temperaturas encontradas solo pensó en abandonar para siempre aquel lugar maldito.

¿Qué pudo detenerlo? Su amor propio de hombre avergonzado ante la idea de su cobardia y, sobretodo, Catalina su compañera de tareas.

Aquí se revela el talento magistral de Emilio Zola. Catalina Maheu es una niña por sus años. Aún no ha llegado á la pubertad pero, sin embargo, está penetrada de todos los misterios de la vida. En el hacinamiento en que viven, nada pasa desapercibido para ella, ama á todos los amantes de su vecinas y dá razon de los detalles más nimios que el delgado tabique de madera que separa las casas de los obreros hace fácil penetrar.

Cuando Lantier, admirado ante su palabra descamada, le pregunta si tiene algun amante, ella le contesta con sencillez que aún no, pero que cualquier dia ha de suceder. Su pureza le impone y la respeta; más desde entónces brota en el fondo de su alma un deseo vago, que pronto se convierte en pasion avasalladora y dominante.

Catalina caracteriza perfectamente á la mujer. Si se entrega á Chaval que menos escrupuloso que Lautier busca la ocasion y la aprovecha, le hace arrastrada por la

costumbre que prostituye á la madre como prostituye á la hija y que permite que todas las jóvenes obreras vivan en promiscuidad en el periodo de las sensaciones violentas. Abrasada de amor por Lautier no obedece á su naturaleza que lo arrastra hácia él; ahoga los deseos, que la vida familiar que llevan hace irresistibles y sabe sacrificarse abandonando su hogar y su familia para habitar con aquel hombre que la hizo conocer el placer aunque sin iluminar su espíritu con el resplandor dorado de los primeros amores.

(Continuará).

Dicha y pesar

Yo soñaba con triunfos y con glorias, en los que fueron mis dichosos dias, cuando gratas las puras alegrías alumbraban la dicha de mi amor. Entónces en mi pecho alborozado, surgieron las sublimes ilusiones al impulso de tantas emociones que hicieron palpar mi corazon.

Arrullado por sueños de ventura sentí que el corazon se extremece, y vibraba en su fibras la poesia, como vibra en las cuerdas de un laud; y vi entonce en el fondo de mi mente brotar inspiraciones á raudales, como brotan los rayos celestiales que incéndian la teniebla del azul.

Y entónces, con esfuerzo poderoso, sin conocer el triste desencanto, quise entonar el inefable canto que en mi pecho sentia palpar; y al querer intentarlo, aventurado, la voz en mi garganta se estremece, la palabra en el labio desfallece, y se extingue con ella mi cantar.

Por eso desde entónces, cuando siento que estremece mi pecho la poesia, y en libertad el pensamiento ansia ir en pos de su angélica vision, siento en el alma, de impresiones llena, el pesar infinito que se siente, cuando cruzan relámpagos la mente y el labio se rebela al corazon.

P. Ximenez Pozzolo.

Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.